

APUNTES Y COMENTARIOS EN TORNO AL GÉNERO ENSAYÍSTICO.

(Selección, resumen, notas y fusiles)

Un compañero mío que se dedica al periodismo cultural, me preguntó hace tiempo que cuáles eran mis “géneros” preferidos para expresarme. Le dije que me gustaba la crítica teatral, la reseña de libros y el ensayo. En los cuatro últimos meses he tenido la oportunidad de ofrecer mis puntos de vista en torno a la crítica y la reseña. Ahora lo hago en torno al ensayo, que me parece más complejo en su elaboración, construcción y diseño.

Para evitar las distracciones del pie de página, he recurrido a una bibliografía particular al final de éste artículo (que es otro género quisquilloso), para aquellos lectores de suplementos que se muestren interesados en el tema.

INTRODUCCIÓN.

Hablar del Ensayo Literario significa entrar a un terreno donde son necesarias las definiciones y clasificaciones, amén de señalar diferencias o semejanzas.

Julio Torri define el ensayo literario como una de las formas más difíciles de delimitar porque presenta muchas variantes. Dice que se escribe siempre en prosa, puede ser breve o extenso. Asegura que en el ensayo el autor expresa sus ideas y sentimientos sobre un tema determinado que a él le interesa, sin pretender agotarlo. En los ensayos el autor no hace más que expresar ideas, no pretende probarlas, como es necesario en las obras científicas, aunque sí usa ejemplos y se apega a una verdad personalizada que le ofrece el texto mismo.

Por su parte, Enrique Díaz Garza afirma que el ensayo es una composición generalmente breve, donde el autor da su opinión personal sobre diferentes temas, empleando un aceptable estilo literario.

José Luis Martínez, en su libro **El Ensayo Mexicano Moderno (Tomos I y II)**, dice que se trata de un producto típico de la mentalidad individualista del Renacimiento, que determina un múltiple conocimiento de lo individual en todos sus matices y gradaciones. Por ello, la expresión más concisa y exacta que corre a propósito del ensayo es el de “literatura de ideas”. Asimismo –agrega– es didáctico y lógico en la exposición de sus ideas, por su libertad ideológica y formal.

El concepto de “ensayo” proviene del siglo XVI cuando Montaigne tituló su obra precisamente con el término de **Ensayos**, pero otros autores indican que por su tratamiento es muy antiguo, encontrándose atisbos de ensayo en libros orientales, en el caso de **La Poética** de Aristóteles, donde vienen claros ejemplos cuando nos habla de la tragedia y las unidades dramáticas.

Respecto a los tipos o modelos del ensayo, también encontramos bifurcaciones y modalidades inherentes: se habla del ensayo Formal, del Informal, del ensayo como

género de Creación Literaria, del ensayo Breve y Poemático, del ensayo Fantasioso y Divagación, del Ensayo-Discurso o Doctrinario, del ensayo Interpretativo, del ensayo Teórico, del ensayo como Crónica o Memoria, del ensayo Periodístico, del Expositivo y como Crítica Literaria.

Este último, a su vez, se utiliza como sinónimo y a veces en sustitución del mismo concepto. Así “ensayo” y “crítica” se emparentan, pero únicamente en su forma externa y apreciativa.

Deteniéndose en este fenómeno, encontramos que “crítica” proviene de un verbo griego que significa juzgar, opinar, y ha derivado en el sustantivo crítico. Francisco Montes de Oca, en su libro **Teoría y técnica de la literatura**, la define como una facultad humana de emitir un juicio, estimando o desestimando los valores que un acto, una obra o una persona, a nuestro parecer, poseen.

No tiene la crítica un alcance meramente negativo o equivalente a la censura, si no más bien tiende a discernir entre lo perfecto y lo imperfecto, entre lo acabado y lo inconcluso. La crítica puede aplicarse a cualquier actividad humana y ofrece un interés muy peculiar en relación con las creaciones artísticas de cada una de las bellas artes.

Generalmente, se designa con el nombre de “crítica artística o de arte”, la que se ocupa de creaciones plásticas, a diferencia de la crítica literaria o la musical. En las letras, como en las demás producciones artísticas del hombre, la obra literaria precede a su enjuiciamiento estético. Los textos de crítica orientan al público en cuanto a la atención que debe prestar a tales o cuáles obras, y ayudan al artista a corregir defectos o a proseguir por los derroteros en que más originalidad muestra su obra.

ORÍGENES Y DEFINICIÓN DEL ENSAYO.

“La palabra es reciente, pero lo que nombra es antiguo”, decía Bacon a propósito del término ensayo. Tan antiguo que pueden reconocerse esbozos ensayísticos en libros orientales, del Antiguo Testamento, en varios textos griegos y latinos. Sin embargo, el ensayo aislado, con su propio nombre y no mezclado ya entre meditaciones religiosas o filosóficas, narraciones históricas o preceptivas literarias, aparecerá plenamente y con todos sus matices y posibilidades en los ensayos de Montaigne, cuya primera versión es de 1580.

Entre tantos pasajes en que Montaigne reflexiona sobre la naturaleza de sus propios escritos, uno resulta singularmente ilustrativo, ya que define no solo el ánimo peculiar de que nace el ensayo, sino también la mayor parte de sus características

Los rasgos peculiares del ensayo que explícitamente declara Montaigne, en este pasaje, pueden reducirse a falta voluntaria de profundidad en el examen de los asuntos; método caprichoso y divagante, y preferencia por los aspectos inusitados de las cosas. Recordemos que Bacon, en sus **Ensayos** publicados poco después que los de Montaigne (1597), definiría el género naciente como dispersed meditations. Pero además de estos rasgos explícitos existen, tanto en los ensayos de Montaigne como en los de Bacon, otros implícitos que acaban de conformar las características del nuevo género. Los nuevos

rasgos son: exposición discursiva, en prosa; su extensión, muy variable, puede oscilar entre pocas líneas y algunos centenares de páginas, aunque parece presuponer que pueda ser leído de una sola vez

El ensayo es un género híbrido en cuanto participan en él elementos de dos categorías diferentes. Por una parte, es didáctico y lógico en la exposición de las nociones o ideas, pero además, por su flexibilidad efusiva, por su libertad ideológica y formal, en suma, por su calidad subjetiva, suele tener también un relieve literario. De acuerdo con los esquemas y denominaciones establecidos por Alfonso Reyes en su libro **El deslinde**, el ensayo sería una forma de expresión ancilar, es decir, que en él hay un intercambio de servicios entre la literatura y otras disciplinas del pensamiento escrito.

Por su manera o ejecución verbal, puede tener una dimensión estética en la calidad de su estilo, pero requiere, al mismo tiempo, una dimensión lógica, no literaria, en la exposición de sus temas. Por su materia significada, puede referirse a temas propiamente literarios, como son los de ficción, pero en la mayoría de los casos, se ocupa de asuntos propios de otras disciplinas: historia, ciencia, etc. Es pues, ante todo, una peculiar modo de comunicación cordial de ideas en la cual estas abandonan toda pretensión de impersonalidad e imparcialidad para adoptar resueltamente las ventajas y las limitaciones de su estructura. En los ensayos más puros y característicos, cualquier tema o asunto se convierte en problema íntimo, individual; se penetra de resonancias humanas, se anima frecuentemente con un toque humorístico o cierta coquetería intelectual. Renunciando, cuando es posible, a la falacia de la objetividad, la seriedad didáctica y a la exposición exhaustiva, entra de lleno en un “historicismo” y se presenta como testimonio, como voto personal y provisional.

Sin embargo, hasta el juego mental más divagante y caprichoso requiere, en mayor o menor grado, de algún rigor expositivo. Justamente, en la variada dosificación de estos dos elementos: originalidad en los modos y formas del pensamiento y sistematización lógica, radican los diferentes tipos de ensayo. A la línea subjetiva, libre y caprichosa del ensayo que nace en Montaigne, emigra a Inglaterra con los ensayos periodísticos de Addison y Steele; florece con Lamb, Hazlitt y Stevenson y vuelve a Francia con Gide y Alain. Pronto se opone otra manera expositiva, orgánica e impersonal, cuyos orígenes pueden fijarse en Bacon. A esta última, cuyo mayor apogeo ocurre en los siglos XVIII y XIX, pertenecen las elaboradas y extensas disquisiciones dieciochescas, como; **el Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones** (1756) de Voltaire, o **el Ensayo político sobre el reino de la Nueva España** (1811) de Humboldt En el siglo del romanticismo, los macizos ensayos críticos, filosóficos o históricos de Macaulay, Emerson, Thiers, Saint-Víctor, Brunetière y Ménéndez Pelayo.

FORMAS AFINES Y MODALIDADES DEL ENSAYO

Semejante flexibilidad y amplitud en la acepción de esta “literatura de ideas” ha determinado que, en el curso de su historia, se ramifique en varias formas afines al ensayo, las cuales no designan ni diversas funciones del espíritu ni formas determinadas del pensamiento escrito, si no en general simples estratificaciones de la prosa no narrativa, que siguen leyes vagamente convencionales y se acercan o se alejan en distintos grados

de la literatura o del trato didáctico. El artículo, por ejemplo, nace y permanece ligado al periodismo. Es por lo común más breve que el ensayo, su tema es lo más inmediato o “de actualidad” y su nivel de estilo es “periodístico”. El estudio crítico “es trabajo de examen frío, de indispensable erudición y de método severo”, aunque existan también ensayos-críticos. En la monografía la intención es cabalmente didáctica y se aplica sobre un tema preciso con propósitos exhaustivos, pero –según observa Medardo Vitier– “el propio asunto da de sí ensayo si la actitud del autor es contemplativa, sin mengua de los materiales científicos que le interese manejar”.

La crítica literaria, artística, histórica, filosófica o científica es, en general, una función del espíritu por la que este se enfrenta, con diferentes propósitos, alcances y rigor, a los productos culturales. A su vez puede elegir entre la amplia gama de formas que van desde la incidental opinión impresionista hasta la monografía, pero la crítica ingresa en el campo del ensayo cuando, cualquiera que sea su índole, tiene además esas cualidades de flexibilidad y libertad formal e ideológica, el acento subjetivo y la naturaleza interpretativa que distinguen al ensayo. El tratado, en fin, queda situado en el extremo opuesto al breve artículo o a la divagación ensayística. Es el estudio completo, arquitecturado y riguroso que pretende entregar toda la sabiduría existente sobre un tema; un género que la especialización de nuestro tiempo ha hecho casi desaparecer.

Mezclándose, confundiéndose o apartándose de estas suertes afines, vive en el pensamiento moderno este cuerpo fluido que es el ensayo. El ensayo, por otra parte, se presenta con mayor frecuencia en las siguientes modalidades:

1.- Ensayo como género de creación literaria. Es el modo más noble e ilustre del ensayo, a la vez invención, teoría y poema. Pueden ilustrarlo, dentro de la producción mexicana moderna: **Palinodia del polvo** (Alfonso Reyes), **Novedad de la patria** (Ramón López Velarde) o **Pintura sin mancha** (Xavier Villaurrutia).

2.- Ensayo breve, poemático. Semejante al anterior, aunque más breve y menos articulado; a la manera de apuntes líricos, filosóficos o de simple observación curiosa. Memorables ejemplos los ensayos breves de Julio Torri, los ensayos-epigramas de Carlos Díaz Dufío (Jr.) y **Obra maestra** de Ramón López Velarde.

3.- Ensayo de fantasía, ingenio o divagación. De clara estirpe inglesa, exige frescura graciosa e ingenio, o ese arte sutil de la divagación cordial y honda, sin que se pierda la fluidez y la aparente ligereza, como en **Matrícula 89** (Alfonso Reyes), **Tristeza** (José Vasconcelos) o **De las ventajas de no estar a la moda** (Salvador Novo).

4.- Ensayo-discurso u oración (doctrinario). Expresión de los mensajes culturales y civilizadores. Formalmente, oscila entre la oratoria del discurso y la disertación académica, pero lo liga al propiamente llamado ensayo, la meditación y la interpretación de las realidades materiales o espirituales. Por ejemplo, el magno **Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional** (Justo Sierra), **Los cuatro poetas modernos** (Antonio Caso), **Meditaciones sobre México** (Jesús Silva Herzog), la homilía de Alfonso Caso en defensa del indio mexicano, **Deber y honra** (Jaime Torres Bodet).

5.- Ensayo interpretativo. Es la forma que puede considerarse normal y más común del ensayo: exposición breve de una materia que contiene una interpretación original. Entre muchos ejemplos posibles: **Pesimismo alegre** (José Vasconcelos), **Parrasio o de la pintura moral** (Alfonso Reyes), **Arte americano** (Manuel Toussaint), **Los problemas de América** (Daniel Cosío Villegas), **Meditaciones sobre el alma indígena** (Agustín Yáñez), **Cortés y Cuauhtémoc: hispanismo e indigenismo** (Andrés Iduarte).

6.- Ensayo teórico. Un matiz lo diferencia del ensayo interpretativo, pues mientras las proposiciones de aquel discurren más libremente y se ocupan por lo general de personalidades o acontecimientos históricos o culturales, las de este, más ceñidas, discurren por el campo puro de los conceptos. Ejemplos; **Psicoanálisis del mexicano** (Samuel Ramos), **El clasicismo mexicano** (Jorge Cuesta), **Filosofía y Lenguaje** (Antonio Gómez, Robledo), **El verbo desencarnado** (Octavio Paz).

7.- Ensayo de crítica literaria. Ya se apuntó más arriba que cuando la crítica literaria, cualquiera que sea su índole, tiene además las características del ensayo, ingresa en su campo, como lo atestiguan dos estudios magistrales, el de Justo Sierra sobre Gutiérrez Nájera o el de Xavier Villaurrutia sobre Ramón López Velarde. Podemos incluir los casos de: **Lenguaje y poder en Pedro Páramo** (Alberto Vital), **México, país de ideas, país de novelas** (Sara Sefchovich) y **Las trampas de la fe** (Octavio paz).

8.- Ensayo expositivo. Exposición de tipo monográfico y de visión sintética que contiene al mismo tiempo una interpretación original, como ocurre en **La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España** (Silvio Zavala), **Humanistas mexicanos del siglo XVIII** (Gabriel Méndez Plancarte), **Carácter del mexicano** (José Iturriaga), **Panorama de México** (Arturo Arnaiz y Freg).

9.- Ensayo-crónica o memorias. Aquí el ensayo se alía con rememoraciones históricas o autobiográficas. En el primer caso, se encuentra la evocación de Artemio de Valle-Arizpe sobre **Don Victoriano Salado Álvarez**. Igualmente: **La conversación en México** (José Vasconcelos) y **Confieso que he vivido** (Pablo Neruda).

10.- Ensayo breve, periodístico. Es, finalmente, el registro leve y pasajero de las incitaciones, temas, opiniones y hechos del momento, consignados al paso, pero con una agudeza o una emoción que lo rescaten del simple periodismo, como lo muestran: **El amargado** (José Vasconcelos), **Los alcaldes de la provincia** (Rafael López), **Tren de segunda** (Mauricio Magdaleno).

ANTECEDENTES DEL ENSAYO.

Agrega Arturo Souto que pasajes en los que se formulan reflexiones de índole ensayística, hay en casi todos nuestros historiadores y cronistas, así como en los humanistas de los siglos XVI y XVIII que estudió Gabriel Méndez Plancarte, particularmente en las obras de Bartolomé de las Casas, Francisco Xavier Clavijero, Andrés Cavo y Pedro José Márquez.

A principios del siglo XIX, cuando la independencia política de México hizo posible el fomento a la libre manifestación de las ideas, una de las formas de expresión que se

encontraron más adecuadas para dar salida a aquel personal, intermitente y desasosegado fluir de los pensamientos, sobre tantas situaciones con las que se estaba en desacuerdo y sobre los remedios y soluciones que se proyectaban, fue un tipo de escritos muy aproximados al ensayo, aunque el nombre no apareciera todavía aplicado a aquellos textos.

Insinuaciones de ensayo o cabales ensayos fueron, en efecto, la mayor parte de los escritos no novelescos que Fernández de Lizardi publicaba asiduamente en sus periódicos personales. Ensayos fueron plenamente la porción más importante de los estudios que José Luis Mora reunió en sus **Obras sueltas** y los apartados de la primera parte de **México y sus revoluciones**, que describen con tan agudas observaciones la población de la República y el carácter de los mexicanos. Numerosos pasajes ensayísticos hay en la obra que Lorenzo de Zavala llamó, siguiendo a Humboldt, **Ensayo histórico de las revoluciones de México**. Ensayistas fueron también, en sus textos más sustanciosos, Fray Servando Teresa de Mier, José María Gutiérrez de Estrada, Mariano Otero y Lucas Alamán. En todos ellos, por otra parte, es común un tono cultural caracterizado por una intensa conciencia histórica y por un afán de analizar y valorar la realidad social en aquella dramática encrucijada que vivían, notas éstas que, aparte las reacciones de desvíos de ciertas épocas, persistirán como distintivas del ensayo mexicano.

Durante los años siguientes del siglo pasado, el ensayo, aun informe, entendido principalmente como expresión de la conciencia histórica y valoración de la realidad social, aparecerá en algunos de los escritos de Luis Gonzaga Cuevas, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Ignacio L. Vallarta, Vicente Riva Palacio, Ignacio M. Altamirano, Francisco Bulnes y Carlos Pereyra. Se concretará a temas de historia cultural en pasajes de las obras de José Fernando Ramírez, de Bernardo Couto, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Victorino Agüeros, Francisco Pimentel, José María Vigil y Luis González Obregón. En las postrimerías del siglo, la sensibilidad que despierta el Modernismo por una prosa más ceñida y elegante, por una expresión más intencionada y original, llevará a nuestros escritores a realizar plenamente la incierta forma literaria que se llama ensayo.

JOSÉ EMILIO PACHECO: TRES MODELOS DEL ENSAYO.

En el año de 1992 el escritor mexicano, José Emilio Pacheco, publicó en su colaboración semanal de **Proceso** ("Inventario") una serie de ideas respecto a los tipos de crítica literaria que se hacían en México. Retomando sus observaciones preferimos sintetizar tal postura y hablar de tres modelos o formatos del Ensayo Literario.

- 1) **ENSAYO LITERARIO EMPÍRICO:** Podríamos definirlo como aquel texto que interpreta un asunto sin mayor profundidad ni pruebas suficientes, su extensión no rebasa las dos cuartillas y tiene como propósito dar a conocer el argumento, las principales ideas o datos biográficos del novelista, cuentista o poeta que hizo dicho documento. Su principal medio de difusión son los periódicos, revistas y suplementos culturales. Aparecen bajo el subtítulo de "reseñas", "semblanzas", y de vez en cuando como "críticas". En este caso, el ensayista no está obligado a conocer los mecanismos del análisis literario, académico, formal o científico que

proviene de corrientes tan importantes como el estructuralismo, la semiótica, la teoría de la recepción, la crítica feminista, el funcionalismo y la socio crítica.

- 2) **ENSAYO LITERARIO CREATIVO-ESTÉTICO:** Lo entendemos como aquella interpretación particular que recrea un texto, que agrega visiones o intuiciones poéticas acerca de lo que se esconde en el mensaje y que el discurso, por sí solo, no es capaz de darnos en su inmediatez primaria. El ensayista se vuelve la segunda voz del escritor y nos devela aquellos misterios de la escritura que se escondían a nuestra mirada intelectual. Se trata de una labor fecunda en la que inciden cualidades propias para el análisis, destellos creativos y una disciplina para la observación o enumeración de conceptos. Aquí podemos incluir los ensayos de Octavio Paz (**Sombra de obras, Cuadrivio**), de José Emilio Pacheco (**Inventario**), de Oscar Wong, Juan García Ponce (**Ensayos**), Rosario Castellanos (**Juicios sumarios I y II**), Marco Antonio Campos (**Señales en el camino**), y muchos autores más que han podido combinar la capacidad de análisis con su producción creativa en el campo de la poesía, la novelística o el cuento.
- 3) **ENSAYO LITERARIO ACADÉMICO-CIENTÍFICO:** Se trata de un tipo de trabajo riguroso, lógico en extremo, que se apoya en los mecanismos científicos de ciertas disciplinas como el estructuralismo, la semántica, la lingüística, la semiótica, con la finalidad de obtener resultados profesionales y validados en el círculo universitario. Se requiere una gran preparación y serios estudios para llegar a este nivel de análisis o ensayos literarios, sobre todo porque particulariza en las mínimas estructuras sintácticas, fonológicas y gramaticales. Autores como V. Propp (**Morfología del cuento**), Umberto Eco (**Los límites de la interpretación**), Michel Foucault (**Las palabras y las cosas**), Roland Barthes (**El grado cero de la escritura**), M.M. Bajtín (**Estética de la creación verbal**), Chomsky, entre otros, son considerados como grandes aportadores en este terreno y sus conocimientos se manejan en el campo de la especialización misma.

Cabría señalar que el manejo de estos formatos de ensayo depende mucho de las capacidades propias, pueden ser intercomunicarles y su aplicación estriba más en la preparación que en la moda, corriente artística o capilla literaria.

Si se trata de hacer estadísticas, este último modelo es el que menos se publica en suplementos o revistas, debido a la rigurosidad de su método, más que a su nula aportación en el terreno de las letras, como suelen manifestar numerosos creadores de la capital y la provincia mexicana

EL ENSAYO EN ESPAÑA E HISPANOAMÉRICA.

Juan López Chávez, en su libro **Lengua y literaturas hispánicas**, expone que, por su etimología, la palabra “ensayo” se refiere al acto de pensar (exagium): aunque de aparición más o menos reciente como género literario, lo que la palabra nombra es antiguo. Ya que su riesgo propio de ensayar, probar, examinar, reconocer, lo encontramos en textos como: **El eclesiastés** (Antiguo Testamento), **Los Diálogos** (Platón), **La Poética** (Aristóteles), **Los Tratados Morales** (Séneca), **Confesiones** (San Agustín) y **La Consolación de la Filosofía** (Boecio).

La raíz del ensayo es la duda, de ahí su tono agresivo y polémico y el hecho de que se cultive con preferencia en épocas en las que coexisten tendencias opuestas; así, cuando a finales del siglo XVI se enfrentan a principios de autoridad conceptos críticos y afanes experimentales, surgen los **Essais** (Montaigne); vuelve a estar de moda esta forma de la prosa, cuando viene el afán del hombre por conocer y examinar, procesos que nacen en los vientos del liberalismo del siglo XVIII. Renace el género en épocas en las que el ritmo acelerado de la vida busca, en preocupaciones pretéritas o en las inquietudes actuales, la quinta esencia del futuro.

La primera característica del ensayo es una gran variedad y libertad temáticas. Con frecuencia se refiere a asuntos literarios, pero en realidad cualquier disciplina puede ser tema de un ensayo: preocupaciones morales o metafísicas, hechos históricos, problemas económicos o políticos, cuestiones teóricas, algún matiz del acervo cultural, divagaciones intelectuales y hasta humorísticas

Cualquiera que sea el tema, trascendente o frívolo, el ensayo no aspira a la verdad definitiva; su objetivo es inquietar, más que dar ideas se propone hacer pensar. Por ello participa por igual de la imaginación artística que del razonamiento científico: busca la verdad, pero también busca expresarla bellamente; su originalidad estriba en enfocar los problemas eternos de una manera nueva, no con el ánimo de convencer, puesto que no se apoya en pruebas exhaustivas, sino de reflexionar, desde un punto de vista muy personal, con toda la profundidad de que es capaz.

Con esto se ha de entender que al ensayo no lo define su asunto ni su propósito, sino la actitud del escritor. A partir de la duda, es una cala, una exploración, una hipótesis, una idea que se “ensaya”. El método que se sigue es el juicio, tomado como instrumento para examinar todo tipo de asuntos: la postura deberá ser ecléctica, sin dogmatismos ni prejuicios: luego, no se trata de exponer conocimientos ni de encauzar criterios, sino de proyectar una idea nueva que, de alguna manera, perturba y pone a prueba lo establecido; puesto que se trata de la visión personal del escritor, está implícito el matiz subjetivo, un enfoque honesto e imparcial, aunque no desapasionado. Por todo ello, el ensayo demanda madurez vital y experiencia intelectual, no es fruto de conocimientos, sino de meditación y de sabiduría, para exponer con audacia y originalidad, pero cordialmente esta “literatura de ideas”.

Por su índole misma, el ensayo es un escrito que requiere de una estricta ordenación lógica en la exposición. El escritor presenta el tema buscando atrapar la atención de su lector y hacerlo funcionar dentro del mismo razonamiento; por medio de una serie de reflexiones, cuya intensidad gradúa para mantener el interés. El expositor mueve a pensar con cierta profundidad, pero sin imponer su propio juicio. Con todo, es importante llegar a una conclusión, aunque de ninguna manera definitiva, ya que no agota el tema y deja al lector con la posibilidad de asentir o disentir.

El ensayo no admite complicaciones de forma que recarguen o apaguen el mensaje ideológico. Puesto que es un escrito que busca hacer pensar, la densidad filosófica se logra mejor en la sobriedad del lenguaje, con el vocablo unívoco y la frase precisa. Se prefiere una manera de expresión “cortada”, un decir pardo en palabras, el enunciado concreto y objetivo en el que prive la intensidad sobre la extensión. El ensayo se presenta

escueto, sin ropajes ampulosos, pero su humildad es aparente; en vez de la explicación enfática o exagerada, buscará la densidad de la metáfora; sin desdeñar la coquetería intelectual del toque humorístico, se ajustará al rigor expositivo; es decir, la altura y autenticidad del pensamiento se ciñen a una lengua clara y elegante, todo lo cual refleja la personalidad del escritor.

MARCO HISTÓRICO-SOCIAL.

El tránsito del siglo XIX al XX se caracteriza por la discusión moral acerca de las facultades del hombre y del sentido de su conducta. ¿Tiene capacidad del género humano para realizar su destino? ¿Cómo actuar en consecuencia con ese destino? ¿Cuál es la relación entre lo que se debe hacer y lo que se hace? Estas son las interrogantes que el hombre se plantea en busca de una doctrina vital para el nuevo siglo que se inicia.

Sin embargo, pasada apenas la primera década, el hombre se da cuenta de que tiene una gran capacidad tanto de construcción como de destrucción. El género humano se ve amenazado por sí mismo: estados totalitarios, violencia, exterminio. La Primera Guerra Mundial (1914-1918), la Revolución Rusa (1917), la Revolución Mexicana (1910-1920), la Guerra de España (1936-1939), la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), nos revelan que el siglo XX es una época de profundas inquietudes.

El gran desarrollo de la ciencia y la técnica no dan respuesta suficiente a la desorientación, al deseo de búsqueda y encuentro del ser humano. Las tecnocracias se desarrollan y se convierten en el tipo de gobierno que cree en la eficiencia moral y política de un cientificismo que se adueña del poder, pero que elimina al individuo y reniega de los valores fundamentales.

Por ello, el siglo XX es un siglo de protesta. Los intelectuales del arte, los literatos, los filósofos y algunos científicos luchan por mantener la libertad creadora de las personas, se percatan de que lo negativo no está en la ciencia ni en la técnica, sino en los fines destructivos que la ideología de ciertos gobiernos les asigna y que por ello las crisis de nuestro siglo se agudizan a medida que las formas de destrucción se hacen más violentas e insensatas.

CORRIENTE CULTURAL.

Ante este panorama, la expresión literaria retoma un antiguo género que había permanecido en receso: el ensayo, que por sus características se presta para que el escritor externé su preocupación y sus meditaciones acerca de una situación que lo angustia. Así, gran parte del ensayo contemporáneo de las letras hispánicas gira en torno al hombre como individuo y como miembro de una sociedad; se preocupa por la mecánica interna de los grupos sociales; medita sobre el ser humano como “Yo” concreto y su necesidad de encontrar valores espirituales. Todo esto dentro de una expresión sobria, con metáforas densas y rigor intelectual.

MOVIMIENTO LITERARIO.

A diferencia del ensayo que se cultivó en el resto de Europa y en Norteamérica, cuya preocupación central radica en la crisis de valores y en la necesidad de una espiritualidad que contrarreste el materialismo predominante en la ciencia y en la técnica, el ensayo español se centra en el destino del pueblo hispánico, en la necesidad de revalorar sus símbolos y conseguir un ser español más universal.

Los precursores fueron José Ortega y Gasset (1833-1955) y Ángel María Ganivet (1865-1898), autores preocupados por la abulia e indisciplina del pueblo español, por eso meditaron sobre su derrumbamiento social. Otros ensayistas fueron; Miguel de Unamuno (1864-1936), Azorín (1873-1967) y Ramírez de Maeztu (1874-1936). Como miembros de la Generación del 98, reflexionaron acerca de la España “del desastre” y propusieron la apertura hacia Europa, pero con las raíces bien fincadas en lo castellano. Les siguen Pedro Laín Entralgo, Guillermo Díaz-Plaja y Julián Marías, entre los más importantes exponentes del pensamiento español de nuestros días.

JOHN SKIRIUS Y EL CENTAURO DE LOS GÉNEROS.

Ensayo: Análogo al francés “essai” (nombre) prueba, experimento, intento. Del latín “exagium” (nombre), acto de pensar (verbo), meditar, examinar la propia mente.

El investigador John Skirius, en su **libro El ensayo hispanoamericano del siglo XX**, expone que el origen de la palabra puede ayudarnos a abordar una de las formas más proteicas de la literatura. El ensayo es una meditación escrita en estilo literario; es la literatura de ideas y, muy a menudo, lleva la impronta personal del autor. Es prosa, pero no es ficción. El francés Michel de Montaigne, padre del ensayo moderno, dio una inflexión autobiográfica y subjetiva a sus **Essais** (1580) y puso en circulación el término “ensayo” en este pasaje inmortal:

Esto es puramente el ensayo de mis facultades naturales, y no, en absoluto, de las adquiridas; y quienquiera que me sorprenda en ignorancia nada ha de hacer contra mí, pues difícilmente sería yo responsable por mis ideas frente a los demás, yo, que no soy responsable ni estoy satisfecho por ellas ante mí mismo. A quienquiera que busque el conocimiento, séale permitido pescarlo donde este habite; no hay nada que yo profese menos. Estas son mis fantasías, por las cuales intento dar un conocimiento no de las cosas, sino de mí mismo.

Radicalmente diferente en su concepción es el padrastró del ensayo moderno, Sir Francis Bacon. El gran empirista de Inglaterra no puede menos que proyectar un acercamiento conciso, aparentemente objetivo, ciertamente impersonal, a las grandes cuestiones filosóficas de la humanidad, como en “Sobre la muerte” y “Sobre la Verdad”. En sus *Essays* (1597, 1612, 1625) Bacon proporciona un modelo alternativo a la declarada subjetividad de Montaigne.

El uso del término “ensayo” es mucho más reciente en las culturas hispánicas que en la inglesa y la francesa. Medardo Vitier señala que la palabra no fue usada en la crítica literaria sino hacia fines del siglo XIX. Leopoldo Alas, al comentar Ariel (1900), el

ensayo de Rodó, escribió que el libro: “no es una novela ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses, y que en España es casi desconocido”. El problema era simplemente de terminología en la Hispanoamérica del siglo XIX, dado que algunos de los más grandes escritores de ese periodo eran fecundos ensayistas: Sarmiento, Bello, Montalvo, Martí, Hostos, González, Prada. Sus tíos ibéricos se apellidaban Quevedo, Feijóo, Jovellanos, Cadalso.

Si saltamos más de tres siglos desde la época de Montaigne y de Bacon, encontramos a otra pareja, opuesta de modo similar a aquella, en las letras españolas del siglo XX: Ortega y Gasset y Unamuno. En el prólogo de sus **Meditaciones del Quijote**, José Ortega y Gasset asevera que “el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita”. El ensayista, de acuerdo con Ortega, suprime las notas a pie de página y demás bagaje académico para hacer surgir “la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados”. A pesar de este dictum, Ortega en sus propios ensayos presta más atención a la racionalidad, la estructura lógica y la escritura en tercera persona que a la apasionada intimidad. Miguel de Unamuno tiende al vitalismo irracional, la paradoja y el “yo” dominante en su escritura. Uno explica; el otro se confiesa. Ambos quieren persuadirnos de sus puntos de vista; ambos ocasionalmente hacen uso del lenguaje artístico, poético.

Confesarse, persuadir, informar, crear arte: cierta combinación de estas cuatro intenciones básicas habrá de encontrarse en las obras de la mayoría de los ensayistas literarios de Hispanoamérica en el siglo XX. Y digo ensayistas literarios, porque los ensayos no literarios —que abundan en periódicos y revistas— están excluidos de este estudio: de aquí en adelante se entenderá por ensayos, el ensayo literario. Alfonso Reyes, en **El Deslinde**, distingue “literatura en pureza” y “literatura ancilar” de modo tal que la mayor parte de los ensayos deberían considerarse “ancilares”, esto es: los elementos literarios están prestados en un ensayo, cuyo tema y propósito no son básicamente literarios.

Por ejemplo, la prosa de Henri Bergson, es básicamente filosófica, pero esporádicamente brilla por su genio literario. Reyes proporciona la clave para su interpretación del ensayo cuando llama “este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe de todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al ‘Etcétera’...” El centauro, aquí, de acuerdo con Reyes, es la literatura mitad lírica, mitad científica. El ensayo de Reyes, **Visión de Anáhuac**, puede ser un buen espécimen de este mestizaje literario de información verdadera e inspiración poética. Empero, los extremos en sus formas más puras pueden hallarse también en las obras de Reyes: ensayos poéticos como **Huelga**, que no nos dice casi nada acerca del acontecimiento histórico en términos analíticos; y prosa puramente científica, como la obra de crítica literaria, **El deslinde**, en la cual las categorías y los párrafos están secamente numerados para mantener un orden. Debe subrayarse, en estos dos ejemplos, que el tema no determina necesariamente el estilo literario: en el primer ensayo, Reyes describe la historia poéticamente; en el otro, analiza científicamente la literatura y las obras de crítica literaria. Para revisar el dictum de Ortega sobre el ensayo, puede decirse que la crítica literaria usa un método científico, con “la prueba explícita”.

Mariano Picón-Salas estaría de acuerdo con la teoría de Reyes de la mezcla genérica en el ensayo, pero él ve el matrimonio de la poesía con la filosofía –más bien que con la “literatura científica”– en el ensayo, el cual “tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos”. Los dos ensayistas hispanoamericanos del siglo XX que con mayor éxito han escrito filosofía con un sabor literario han sido, comprensiblemente, admiradores del más literario de los filósofos franceses: Henri Bergson. Me refiero a José Enrique Rodó, en todo su esplendor modernista, y a José Vasconcelos, el maestro de la síntesis artística en filosofía. Jorge Luis Borges es incomparable haciendo lo contrario: incorporando conceptos filosóficos en la ficción, en son de broma; sus tersos ensayos filosóficos sirven como claves para entender sus cuentos. **Motivos de Proteo**, de Rodó, y la **Estética**, de Vasconcelos, pueden contarse entre las obras de filosofía más bellamente escritas en las letras hispanoamericanas. La unidad de propósitos y el tamaño de estos dos tomos parecerían solicitar el término “tratado”, mientras que una clara preferencia por la frase hermosa más que por la estructura rigurosa los calificaría como “ensayos”.

Si la literatura puede dividirse en tres géneros básicos –prosa, poesía y drama– entonces el ensayo es un subgénero de la prosa, a saber, prosa de no ficción, que con frecuencia se acerca a las técnicas poéticas, los elementos de la ficción y, más raramente, a los efectos dramáticos. Xavier Villaurrutia sostiene la idea de que el ensayo no es un género en sí mismo cuando señala que no tiene reglas externas propias que puedan guiar la mano del ensayista, en contraste con la versificación a las obras de teatro. Esencialmente, poeta, Villaurrutia omite curiosamente la dimensión poética potencial en el ensayo cuando arguye que está “equidistante del periodismo y del sistema filosófico”. Los opuestos polares, aquí, están relacionados con otras cualidades de la escritura. Periodismo: concreto, muy contemporáneo en sus temas, preocupado por problemas urgentes o tópicos de interés humano general, flexible en estructura, pero con limitaciones de espacio. Filosofía: abstracta, preocupada por las constantes inmorales de la existencia humana, rigurosa en estructura, tendiente hacia una verbosidad abrumada por un vocabulario propio como las ciencias exactas y las ciencias sociales. La mayor parte de los ensayos hispanoamericanos son más periodísticos que filosóficos, pero hay excepciones notables, como **El tiempo circular**, de Jorge Luis Borges, y **La rebelión del hombre**, de Ernesto Sábato, cada uno de los cuales muestra rigor académico y sobriedad de estilo.

Después de aplicar la lupa a las cualidades genéricas del ensayo, tenemos que llegar todavía a una definición precisa. Enrique Anderson Imbert ofrece una definición aproximada: “el ensayo es una composición en prosa, discursiva pero artística por su riqueza de anécdotas y descripciones, lo bastante breve para que podamos leerla de una sola sentada, con un ilimitado registro de temas interpretados en todos los tonos y con entera libertad desde un punto de vista muy personal”. El punto más discutible en esta definición es la extensión del ensayo. Leer de una sola sentada, la **Radiografía de la pampa**, de Ezequiel Martínez Estrada, resulta extremadamente fatigoso. En el otro extremo, Ernesto Sábato es afecto a escribir pensamientos breves de unos pocos párrafos, algunas veces de solo unas pocas oraciones, de manera que, por la brevedad, se aproxima al aforismo.

El hecho que importa es que muchos ensayos hispanoamericanos modernos incluidos en libros tienen entre cinco y quince páginas de extensión porque fueron escritos originalmente para periódicos o revistas, de modo que llenaron una o dos columnas. La brevedad es una virtud en el periodismo, que prefiere el esquema a la exposición completa. Pueden anotarse otras influencias del periodismo en el ensayo hispanoamericano del siglo XX. El título del ensayo periodístico debe ser seductor, vendible (la literatura se comercializa, se prostituye). La mirada del lector es captada por “Y la carne que tienta con sus frascos racimos” (Luis Alberto Sánchez) o “El progreso suicida” (Arturo Uslar Pietri). Una vez que el lector ha sido tentado, su curiosidad debe mantenerse; su deseo de llegar al clímax debe ser estimulado por el artificio del escritor. Es, por supuesto, la problemática de cualquier obra de arte de carácter temporal, sea la música o el cine

Rodó toca aquí una de las características predominantes del ensayo: su tono conversacional, su gusto por la anécdota personal, la necesidad de expresar el propio carácter desde dentro. Hasta aquí se ha tratado el impulso por confesarse. La actitud persuasiva en el ensayo literario se encuentra en la exposición de ideas, opiniones y teorías, con la intención de ganar adeptos. Discursos, cartas abiertas y artículos periodísticos polémicos revelan a menudo el papel doctrinario y crítico del ensayista.

El propósito estético es un denominador común de todos los ensayos literarios, opuesto a los muchos artículos no literarios que pueblan el mundo periodístico. La belleza y el deleite son los objetivos; la habilidad artística y el artificio son modos del entretenimiento para los cultivados. Con la vista puesta en esas finalidades, el ensayista ha tomado prestadas técnicas de los otros géneros literarios. Por ejemplo, el ensayo puede a veces aproximarse formalmente al cuento. Jorge Luis Borges, magistral escritor de cuentos, compone su ensayo **La muralla y los libros** contándonos una historia verdadera del pasado chino; luego, conjetura sobre las diferentes interpretaciones posibles de su significado. Cuando concluye que la forma es más significativa que el contenido conjetural, señala uno de los motivos básicos del escritor literario: el estético. Esta conclusión a su ensayo es el equivalente del desenlace en un cuento.

El ensayo puede acercarse a la poesía tanto como a la ficción en prosa. Un caso espléndido es **El mono gramático**, de Octavio Paz. Ni novela ni tratado filosófico, es una narración poética, una crónica sensorial, un cuaderno de apuntes de epifanías, una meditación sobre el lenguaje, el tiempo, el espacio, el erotismo, el sujeto y el objeto, percepciones, sensaciones, imágenes, imaginaciones –todo ello teñido por el pensamiento indostánico. Hay un ambiente (la India, su paisaje, su arte y su arquitectura, su religión). Hay personajes (él “yo” y su compañera femenina, esplendor) a quienes ocurren cosas, pero ¿tienen trama? Carece verdaderamente de ella. Su equivalente es la dinámica del percibir, del pensar, del escribir. Un dispositivo narrativo para incitar al lector, para crear tensión, es la búsqueda del “fin del camino”, pero se concluye que la poesía no busca el fin del camino. La concepción y la estructura de **El mono gramático** son esencialmente poéticas, aunque pueden hacerse análogas con elementos de la prosa narrativa.

Autores colimenses, o interesados en el tema de nuestra región, han escrito numerosos libros de ensayos que cabrían en algunas de las categorías anteriormente señaladas, por

ejemplo: **Prosas literarias e históricas**, de Felipe Sevilla del Río (ensayo literario y crítica); **Apuntes para amigos de las letras**, de Griselda Álvarez (ensayo interpretativo); **El camino del sentido**, de Antonio Flores Galicia (ensayo teórico); **Visiones de Anáhuac**, de Salvador Velazco (ensayo teórico); **Luvina. Geografía de la desesperanza, encuentro con la desilusión**, de Genaro Zenteno Bórquez (ensayo de crítica literaria); **El universo poético de Jaime Sabines**, de Gloria Vergara (ensayo de crítica literaria); **Una mirada a Balbino Dávalos**, de Grace Meade (ensayo de crítica literaria), entre otros.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA:

CASTELLANOS, Rosario. **Juicios Sumarios I y II** (Ensayos sobre literatura). Ed. FCE/CREA. (Colección: Biblioteca joven). México, 1984.

GARCIA PONCE, Juan. **Apariciones (Antología de ensayos)**. Ed. FCE. (Letras mexicanas). México, 1987.

MARTINEZ, José Luis. **El ensayo mexicano moderno**. Tomos I y II. Ed. FCE. (Colección: Letras mexicanas). México, 1995.

MILIANI, Domingo; MORALES PEREZ, Salvador; et. al. **El ensayo iberoamericano**. Volumen 4. UNAM. (Colección: El ensayo iberoamericano). México, 1995.

MONTES DE OCA, Francisco. **Teoría y técnica de la Literatura**. Ed. Porrúa. México, 1988.

MARTÍNEZ, José Luis. **El Ensayo Mexicano Moderno**. Tomos I y II. 2ª. Edición. Tercera reimpresión. Fondo de Cultura Económica. México, 1995.

PACHECO, José Emilio. **Revista Semanal Proceso**. México. Septiembre de 1992

PARDINAS, Felipe. **Metodología y técnicas de investigación en Ciencias Sociales**. Ed. Siglo XXI. 31ª. Edición. México, 1989.

PAZ, Octavio. **Las peras del olmo**. Ed. Seix Barral. 2ª. Edición. (Biblioteca breve de bolsillo, No. 103). Barcelona, 1978.

PAZ, Octavio. **El arco y la lira**. Ed. FCE. 3ª. Edición. (Sección de Lengua y Estudios Literarios). México, 1982.

SKIRIUS, John. **El ensayo hispanoamericano del siglo XX**. Ed. FCE. (colección: Tierra Firme). 4ª. Edición. México, 1997.

SOUTO, Arturo. **El ensayo**. Ed. ANUIES. México, 1980.

URRELLO, Antonio. **Verosimilitud y estrategia textual en el ensayo hispanoamericano**. Premiá Editora. (Estudios: La red de Jonás). México, 1986.

VELA, Arqueles. **Análisis de la Expresión Literaria**. Ed. Porrúa. México, 1987.